

FRAY CANDIL O LAS ANTIPATIAS

POR

oct 25/28

OSVALDO BAZIL

Hay plumas fatalmente predestinadas a acumular, en vida, las antipatías, que luego le siguen hasta la tumba, y allí le crecen como yerba mala hasta borrar de ella el nombre grabado! Tal ocurrió con Fray Candil: vivió cultivando y sembrando el odio y cuando desapareció, al instante, cayó sobre su vida literaria un espeso, un denso olvido total. Y de cuando en cuando, la pluma de Fombona, se encarga de decir, desde algún periódico de España o de América, que Emilio Bobadilla fué un hígado que no sabía escribir. Y sólo cuando se leen estos ataques, se acuerda uno de aquel crítico que puso casi él solo los cimientos en la empresa de científicar la crítica española, y de aquel novelista potente de realismo, y de aquel poeta formidable, que eso era más que crítico y más que novelista, el gran Bobadilla! Pero, nadie lee ya a Fray Candil. Sus obras no se reeditan! Quizás en una revisión de valores, dentro de veinticinco años, surja su nombre y su obra a la admiración y al cariño de los públicos. Para que esto suceda tienen que desaparecer los odios que están todavía acumulándole las antipatías que él se encargó de reunir, como si en ello encontrara su más grato deleite. Rubén Darío lo odiaba. No le perdonaba sus sátiras. El Conde Kostia también lo detestaba. Rufino Blanco Fombona lo maldice frecuentemente todavía. Enrique Gómez Carrillo lo denigraba. De tiempo atrás, lo odiaba y lo despreciaba Clarín, aquel luminoso y bueno de don Leopoldo Alas, y también lo vituperaba doña Emilia Pardo Bazán.

Nadie quiso con amor a Fray Candil. Se imponía por su desenfado, por su valentía, por su intrepidez, y porque en la punta de su acerada pluma, había una luz de cultura, de sapiencia, de conocimiento, que penetraba hasta el fondo de lo que tocaba. Pero, le faltó corazón! Por eso no realizó la obra que se hubiera impuesto a los odios y que se hubiera mantenido gallardamente a distancia de todos sus inexorables detractores! Su obra de arte careció de corazón! Y, en este pecado lleva la penitencia. Aun en los versos mismos, no hay ternura, y fué donde dió toda la que tenía o podía dar de su espíritu. Pero ya estaba amargado y desengañado de todo, cuando escribió su obra en verso. Ya no creía en nada. Y, naturalmente, no podía tener su verso, esa frescura que dá creer en todo. Esto no quiere decir que no sean maravillosamente bien esculpidos su colección de sonetos y que, cada uno de ellos, no sea un fino breviario de aguda filosofía. Es una poesía de pensamiento desolado que tiene derecho pleno a sentarse junto a la poesía de cualquier gran poeta. Ya, al final de su vida, no escribía sino sonetos. Pero era tarde: su corazón ya no era aquel que cantó a **Bogotá melancólica**: ¡una bella y sugerente y sentida poesía de su juventud!

Era Fray Candil un temperamento de agresión. Vivió en guerra siempre. En el fondo de su vida había una gran inconformidad: él quería vivir en paz, ansiaba la tranquilidad, la soledad. Mas, no sabía encontrar las llaves de esa felicidad! Y entonces, abominaba de todo lo que le rodeaba! Pero, era, efectivamente, por dentro Bobadilla, como era por fuera? Lo dudo. Yo creo que su saña no era la verdad del fondo de su temperamento. Yo lo ví muy triste, con lágrimas asomadas a sus ojos, durante varias noches, en una casa de huéspedes del Vedado, a donde yo lo acompañaba, desde "El Figaro". Hablábame como un vencido de la vida, como un fracasado. Era un arrepentido. Recordaba a su esposa ausente, con dolor. No era como la generalidad creía: un carácter siempre indomable. Un día lo encontré en "El Figaro", de chaquet y chistera. Tenía audiencia con el Presidente José Miguel Gómez. Le iba a pedir la Legación en Holanda o en Noruega, y me pidió mi parecer de cómo debía hacer esto. Y en medio de la conversación, díjome: no voy ya a ver al Presidente. Al punto lo convencí de su error y marchó a Palacio. Salió disgustado, hablando mal del Presidente. Pero luego, Catalá, que era el buen padrino de todas las aspiraciones de los literatos, le arregló con don Manuel Sanguily, el asunto y se transó por un Consulado o por una Cancillería sin trabajo. Así era Fray Candil, saltaba de la serenidad a la violencia eruptiva y amenazaba y gruñía. Pero, si alguien con buena intención le hablaba, lo reducía fácilmente a la cordura. Lo que suele pasar con harta frecuencia es que esos temperamentos casi siempre están rodeados por seres que los azuzan más bien que los calman, y de ahí que Bobadilla constantemente fuera por el mundo de las letras disparando metralla viva y mordaz. De haber hecho una crítica menos personal, menos virulenta, habría infundido más respeto y no tendría, como tiene hoy, una tapa de plomo sobre su gloria, asfixiándola y secándola friamente!

Negar sus grandes condiciones de crítico, de escritor, de poeta, es desconocer una realidad, que un día u otro ha de manifestarse! Yo tengo esta impresión personal de Bobadilla: era un niño por dentro y un diablo por fuera. El diablo se asustaba del niño y el niño del diablo! De ahí el hondo sabor amargo de su solitario y lúgubre final de poeta! Tenía, eso sí, una lengua por entero luciférica. Y esto le proporcionaba, desde luego, enemigos feroces a granel! El se quejaba de no inspirar simpatías en los grupos, y yo le dije un día: pero si usted, hace todo lo posible por alejarlas. No hable usted mal de todo el mundo, y ya verá usted cómo inspirará confianza, y más tarde simpatía! El era físicamente huraño. Creaba entre él y los demás un corto circuito de hostilidad, porque él, frente a los otros, **in mente**, pensaba solo en fijar o cazar algún defecto del que tuviera delante, para luego frasear sobre ese defecto. Y así, con esa cualidad, solo se va al infierno del odio. Jamás al cielo de la amistad. Pero él no era un mal hombre. Era travieso. Y por estas travesuras se vió acosado por las antipatías y no tuvo amigos. ¡Y quien no conoce el placer de la amistad, no puede ser feliz! En su propia patria se sentía extranjero. Espiritualmente tan poco tenía suelo propio su nombre ni su fama. Era un genial hombre de letras, que estaba fuera de la literatura española y fuera de la literatura cubana. Era una reputación al aire. Muchos años se le consideró como literato español. Pero, en España, nadie lo quiere ni lo nombra ni lo lee.

Después de muerto, he visto que distinguidas plumas cubanas reclamaban sus cenizas que reposan en tierra francesa. Pero, en vida, Cuba, no lo quería, y casi se había olvidado de él.

Un día fuimos a visitar el Presidio del Castillo del Príncipe. Era el Jefe aquel caballeroso y bondadoso Gral. Demetrio Castillo Duany, con quien almorzamos en compañía de D. Juan Gualberto Gómez. El Gral. nos enseñó el Presidio. Fray Candil escribiría para "El Figaro" una crónica de la visita. Cuando pasamos por delante de un grupo de penados de color, todos en fila delante de una pared, todos desnudos recibiendo el baño, Fray Candil me llamó aparte y con gesto agrio y ojos inyectados, me dijo: "fijese que feos y repugnantes son. Qué afrentosos!" Y así lo publicó. Ya sentía odio por aquella desgraciada gente, y en su crónica habló mal de ellos y muy bien del Presidio, y naturalmente, del caballeroso General. Cuento esto para dar un detalle de cómo era su temperamento. Yo le hice variar y quitar de esa crónica en la cual, por cierto, me nombraba con cariño, muchas crudezas contra esa presidiaria gente de color, que vimos allí bajo el abundoso látigo del agua! De ellos hizo una observación que no cabe en este artículo. ¡Qué temible era la lengua de Bobadilla! La posteridad, en resumidas cuentas, dirá algún día si Emilio Bobadilla, fué o no un eminente crítico que le dió base científica a la crítica española, dirá si fué o no un novelista digno de la recordación, cuando ya estén borradas de la memoria de los hombres, sus rarezas personales y temperamentales.

Pero, lo que si no tardará en decir es que fué un hondo y amargo poeta, digno de figurar entre los grandes nombres de la América española.

Am.
Oct. 25/28



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA